

PERSONAS.

DON DIEGO, amante de Doña Francisca.

DOÑA IRENE, madre de Doña Francisca.

DOÑA FRANCISCA, hija de Doña Irene.

DON CÁRLOS, otro amante de Doña Francisca.

RITA, Criada.

SIMON, Criado.

CALAMOCHA, Criado.

ARGUMENTO.

DON DIEGO, Caballero soltero, sexágenario, y de grandes conveniencias, teniendo contratado casarse con Doña Francisca, jóven de la tierna edad de 16 años que estaba educándose en un convento de Guadalaxara, va desde Madrid á sacarla de él en compañía de Doña Irene, viuda y madre de la doncella. Volviéndose los tres á Madrid para efectuar allí el matrimonio, se detienen unos dias en Alcalá; y en esta ciudad ocurren los peregrinos lances y desenlace de este hermoso drama.

Don Diego, á cuyo sano juicio y mucha experiencia no se ocultaban las violencias, que en punto de casamientos exercen padres y tutores sobre la voluntad de las doncellas, da principio haciendo varias preguntas á Doña Francisca, con el fin de saber si abriga en su pecho alguna inclinacion mas favorable á otro que á sí mismo. Pero de ello no coge fruto ninguno; porque Doña Irene, vivo retrato de tantas madres tiranas, esclavizando con rairas interesadas el albedrío de su hija, le impide siempre todo género de explicaciones, que ella astuta suple con ponderar al novio el particular amor que la doncella le profesa, y alagar á la última con las felicidades y parabienes que este enlace atraerá á toda la familia.

Pero Doña Francisca tenia un amante secreto en la persona de Don Carlos, Oficial militar y sobrino de Don Diego, quien al restituirse en tiempos anteriores por Guadalaxara á Zaragoza, donde se hallaba su regimiento, tuvo ocasion de conocerla y aun de galantearla durante tres meses. Aunque ausentes, habian continuado siempre correspondiéndose por cartas. Así el amante fué avisado luego del nuevo casamiento que á la doncella preparaba su madre. Con cuya noticia viene el Oficial en posta á Guadalaxara; y no hallando allí ya á Doña Francisca, pasa á Alcalá, y va precisamente á la misma posada en que ella estaba.

Logran verse luego estos ocultos amantes; desahogan sus pechos con mil ternuras, júranse mutuamente un amor eterno; y Don Carlos está resuelto á pasar á Madrid el siguiente dia, con el ánimo de frustrar auxiliado, decia, de un tio, ignorando todavía fuere competidor suyo, el enlace que preparaban á su amante.

Por acaso ve Don Diego en la posada á su sobrino, el que reconvenido da por pretexto único de su venida el deseo de ver á su tio. Este despues de reprehenderle por su ligereza, le manda se ponga luego en camino para Zaragoza. Don Carlos ántes de partir, viene á dar música á su

amante, á la que habla, y echa un billete participándole su ausencia. La casualidad lleva este escrito á las manos de Don Diego, que despertado al ruido de la música se habia asomado para oirla. Como era natural, asómbrase el tío al leer en el billete los nuevos amores de su sobrino; y envía inmediatamente á un criado, con orden de que Don Carlos se vuelva atras, y venga á su presencia. Recíbele con sequedad, haciéndole cargo de su inobediencia; en seguida le muestra el billete, y le dice que renuncie de casarse con Doña Francisca, la qual está destinada para sí mismo, mandándole por último que entre en un quarto inmediato. El Desengañado Caballero hace llamar despues á Doña Irene, á la qual trata de informar de la novedad del billete; mas ella furiosa negando el oido á todo, sale fuera de sí, prorrumpe en extravagantes exclamaciones, y aun se propasa, en un arrebató suyo, á querer poner las manos en su hija, á cuya defensa sale de improvisó Don Carlos del quarto en que estaba por orden del tío. Entónces Don Diego recuerda á esta madre violenta y opresiva el horroroso precipicio en que iba á despeñar á una inocente doncella, y los errores en que á él mismo le habia hecho caer; y para aquietar los ánimos, y conciliar los intereses de ámbas familias, no halla en su superior cordura otro medio que el de renunciar á su matrimonio con Doña Francisca, cediéndola á su sobrino, y dirige sus votos al cielo para que colme de bendiciones tan dichosa union.

El fin moral de esta Comedia es mostrar el peligroso abuso por el que los padres y tutores, llevados tal vez de las solas miras del interes, se adelantan á contratar los casamientos, sin consultar primero los gustos, inclinaciones y voluntad de las doncellas, con cuya libre eleccion deberia contarse, quando se trata de una tan seria, pesada y duradera obligacion, qual es la del matrimonio.

En quanto el mérito del presente Drama, baste decir que la opinion de los inteligentes en producciones dramáticas, es que Moratin, á quien varias piezas anteriores habian colocado ya en la clase de un ingenio superior echó el resto en esta del Sí de las Niñas. En efecto así en las partes como en el conjunto de esta composicion admirable resplandece tal belleza, que no sabe uno si la tan bien dispuesta coordinacion de lances es superior á su diestro y magestuoso desenlace, ni si el arte con que se introducen los diferentes personajes sobrepuja á la propiedad con que tan adecuadamente pinta sus caractéres el colorido de los diálogos.

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. Diego, Simon.

D. DIEGO.

No* han venido todavía?

SIMON.

No, Señor.

D. DIEGO.

Despacio la han tomado, por cierto.

* Sale D. Diego de su quarto. Simon que está sentado en una silla, se levanta.